

Reflejo

Daniela Gutiérrez (México 1990)

Fue raro encontrarme con mi rostro cuando las puertas del vagón del metro se cerraron. No, no era uno de esos espejos que es fácil advertir incluso cuando la luz está apagada, ni uno que pedí prestado a alguien para corregir un defecto en mi maquillaje o en mi cabello. No fue mi reflejo que premeditada o vanidosamente busqué en el cristal de un edificio o en un aparador, ni aquél que sorpresivamente he encontrado en las pupilas de alguien que, en la quietud y en el silencio me han mirado fijamente. No, no me busqué, no me esperé, no me vi venir. Las puertas del vagón se cerraron y cuando alcé el rostro y miré al frente, me vi observarme directo a los ojos desde el otro lado, desde ese otro universo, desde ese alguien más que aún pareciéndose a mí, no era yo.

Sentía vibrar en mis pies la fricción de los rieles y el vagón. Ese que me tambaleaba suavemente de un lado a otro a causa del movimiento y la velocidad. Mis pies, firmes se adherían al suelo intentando mantenerme estable en ese inesperado encuentro, y mi mano sujetaba fuertemente uno de los tubos adheridos a la pared que estaba a mi lado. En mis oídos, mis audífonos cantaban una canción que no recuerdo, pero que encajó perfecto en el momento. Y todos esos desconocidos que estaban conmigo pronto dejaron de viajar junto a mí.

Estaba detenida en el tiempo con esa Daniela que desde el otro lado del cristal parecía querer esbozarme una sonrisa, lanzarme un saludo, invitarme un café.

[¿Por qué me ves así: con tanta quietud y con tanta paz? ¿Qué sabes de mí que yo no sepa aún? ¿Qué te hace ver tan confiada, tan segura, tan tranquila? ¿Por qué últimamente me he sentido tan sola, tan inquieta, tan ansiosa? ¿Por qué me ha abrumado por las noches esta nostalgia, este vértigo, este miedo? Creo que lo extraño demasiado. ¿Me extraña él también? Dime. ¿Le has visto? ¿Le has hablado? ¿Le has oído hablar de mí? A veces creo que me ha olvidado. No sé si debo empezar a olvidarlo a él también. ¿Ya lo olvidaste? ¿Aún lo quieres? No sé qué hacer, cómo sentirme. Gracias por aparecer, por hacerte presente.]

[Me hablas como si alguna vez me hubiera ido. Y te equivocas si crees que tengo la respuesta a todo eso que preguntas. Sí, sé que estás triste, que tienes miedo, y que ese vértigo de las últimas noches no te ha dejado dormir. No, no lo he olvidado tampoco, y a veces creo que aún lo quiero. No sé si nos piensa, si nos quiere, si habla de nosotras o si ya nos ha olvidado. Hace mucho dejé de detener el tiempo en preguntas absurdas que no tienen respuesta ni verdad. Le regalas tu tiempo y no te das cuenta de que lo estás perdiendo. A él, al tiempo y a ti. Te estás perdiendo, Daniela, te estás perdiendo. Cuelgas tus esperanzas en un amor que nació muerto, que nunca dio frutos, ni resultados, ni fue sincero. Te afanas en construir castillos de arena y luego pasas encima de ellos para volver a empezar. Respira, Daniela. Respira. Aprende a abrir las manos para dejar ir lo que se te viene escurriendo de entre los dedos y recibe lo que ha intentado, desde hace tiempo, abrirte los puños. Sobre todo ese que siempre está lleno de sangre.]

Había llegado a mi destino. Me tomé un par de segundos para despedirme de mí, o de lo que sea que estaba del otro lado del cristal mirándome. Un segundo antes de que las puertas abrieran y la perdiera de vista, me esbozó una sonrisa. Y si la gente a mi lado no me hubiera visto con tanta extrañeza, jamás me hubiera preguntado si fue ella o fui yo la que salió de ese vagón con los pies tranquilos y la sonrisa abierta.